



Rosario Jiménez Roque

*El
secreto
del bosque
de los
sueños*

El último de una orden de orgullosos guerreros, una maga recién salida de la academia, un príncipe que no es lo que parece y una guía que no dice todo lo que sabe.

Son algunos de los componentes de *El secreto del bosque de los sueños*, una novela de fantasía que mantiene en vilo al lector de inicio a fin.

En un mundo donde la magia es tabú, Manyou, una joven maga recién salida de la academia, se verá envuelta en los problemas políticos de una de las ciudades más importantes del continente cuando Jorad, un guerrero que desconfía de la magia, la enrede para que lo ayude a él y a un grupo de rebeldes a rescatar al príncipe perdido de Eren Joo.

Traicionados y perseguidos, todo se complicará cuando descubran que se han metido sin querer en un juego de poder donde no son más que simples peones.

*A mi abuela,
sin cuya ayuda este libro
nunca habría visto la luz.*

Capítulo 1

PRIMER CONTACTO

Parecía mentira que hiciera dos semanas que había salido de la academia. Y es que, después de doce años sin salir de aquella prisión, lo raro era que no se hubiera quedado perdida en algún lugar cercano a donde estaba situada la entrada, sin saber muy bien qué hacer o a dónde dirigirse. Eso era, al menos, lo que solía ocurrirle a la mayoría de los magos que salían de Taj Mahal después de tantos largos años de estudio, pero Manyou siempre había sido muy decidida. Ella supo que quería estudiar magia en el mismo momento en el que se le reveló el don, y no solo porque casi incinerara vivo a su mejor amigo por accidente. Con apenas diez años de edad emprendió sola el camino hacia la ciudad oculta de Taj Mahal, el único lugar del mundo donde enseñaban magia, con las canciones y leyendas sobre su ubicación como única pista para encontrarlo.

Dejó escapar un suspiro. Tal vez debería haberse quedado en la ciudad de los magos, donde habría tenido asegurado su futuro como profesora aunque la sola idea se le antojaba aburrida. Añoraba el exterior. No es que Taj Mahal no tuviese cielo, sin embargo, al contrario que en el resto del mundo, este parecía estar delimitado por las murallas de la ciudad al igual que lo estaba su tierra. Para alguien nacido en el campo, la bóveda celeste en aquel lugar era casi tan oscura durante el día como lo era de no-

che, y aunque esto no era verdad muchos así lo habrían jurado.

Mientras meditaba acerca de su próximo destino, entró en el interior de una taberna del pueblo de Ptiaid, cuyo nombre era ese mismo. Para viajar se las había apañado con un viejo mapa de caminos roído por el tiempo, sacado de uno de los libros de la biblioteca de su profesor cuando este no miraba, y se había valido de un hechizo de nivel medio para trasladarse, con lo que carecía de cualquier medio de transporte. Además no llevaba consigo más ropa que la puesta, con lo que sus ropajes tenían los escudos y gravados propios de la orden mágica, y esto provocaba más de una mirada indiscreta en su dirección.

Y es que la magia no era algo muy bien visto en la sociedad.

El dinero era su verdadero problema en aquellos momentos, porque apenas le quedaba nada, y aunque no tenía ganas de ponerse a buscar un trabajo y mucho menos de trabajar, tampoco quería engañar a nadie con un truco ilusorio.

Buscó un sitio vacío en la taberna, una mesa tal vez alrededor de la cual sentarse, sin embargo no encontró nada parecido. Al final optó por acercarse a la barra, en la que le dio tiempo de calcular el precio de una habitación, así como los años que tardarían en atenderla pues su presencia parecía pasar inadvertida para el tabernero. Era un problema que solía suceder cuando se era mago. Al menos hasta que lanzase un hechizo y todos huyeran desparvoridos, pero si lo hacía jamás lograría que la atendieran, más bien todo lo contrario.

—¿Eres Manyou?

No pudo evitar sorprenderse. Lo primero que se hacía nada más llegar a la academia era olvidar tu nombre y todo cuanto antes habías sido o hecho. Por supuesto se trataba de algo metafórico, ya que uno no se olvidaba realmente del nombre que le habían puesto sus padres, o

dónde había vivido, en qué condiciones ni con quién. Lo que sí era cierto es que, en el momento en que un maestro se hacía cargo de ti, cambiaba tu nombre como rito de iniciación, y a partir de entonces dejaban de ser lo que antes habías sido. Allí no importaba tu estatus o donde hubieras nacido, eras simplemente un alumno más que se había ganado un nombre por llegar hasta allí, nada más. Por todo ello, y más por el poco tiempo que llevaba fuera, lo que contrarió a Manyou no fue que alguien pronunciara su nombre, sino que el que lo hiciera no tuviese relación alguna con su mundo.

—Sí, soy yo. —Sonrió, tratando de mostrarse cordial y para nada sorprendida.

El desconocido, corpulento pero sin llegar a lo excesivo, se presentó con el nombre de Jorad y trató de venderle un trabajo que estaba seguro que a ella le interesaría. El problema era que en ningún momento le dijo en qué consistiría ni como le pagaría, y la verdad es que a ella poco le importaba pues tenía la mente en cuestiones más... interesantes.

—¿Cómo ha dado conmigo? —Era esta la cuestión que más importaba a la maga, después de todo, aun cuando alguien allí fuera supiera de su existencia, ella había estado viajando con magia.

Él bajó el tono hasta que su voz fue apenas audible con el ruido de fondo. Fuera lo que fuese que iba a decirle, no quería que nadie más lo oyera.

—En Taj Mahal te recomendaron. —Le entregó un papel y luego apartó la mirada—. Ellos me trajeron —luego retomó su tono normal y volvió a mirarla—. ¿Acepta el trabajo?

Aquello era realmente extraordinario, e interesante. Una persona sin capacidad alguna para la magia, algo que Manyou había sabido nada más verle, había sido capaz de encontrar la ciudad. Hasta donde ella sabía, tan solo los magos, o en su defecto aquellos destinados a serlo, podían llegar a Taj Mahal, y sin embargo aquel hombre lo ha-

bía conseguido. Por supuesto en ningún momento la maga se planteó que pudiera estar mintiéndola, pues el papel que le había entregado llevaba la firma del gran maestro, el líder supremo de todos los magos.

Para su desgracia negarse no era una opción. No porque los ancianos la hubieran recomendado para el supuesto trabajo, ni tampoco porque el mismísimo gran maestro le hubiese escrito ordenándole que acompañara a aquel hombre hasta una ciudad de extraño nombre, sino por su curiosidad. Aquel había sido siempre su punto débil y es que si algo la intrigaba necesitaba llegar hasta el fondo de la cuestión sin demora, y quería saber cuál era la relación de ese tal Jorad con la ciudad de los magos.

—¿Por qué habría de hacerlo? Este trozo de papel no significa nada. —No pudo romperlo, porque un hechizo lo protegía, pero quería ver hasta qué punto estaba aquel desconocido interesado en contratarla.

—¿Qué le pongo? —Se acercó por fin el tabernero.

—¡Por fin! ¿Cuánto me lleva por una habitación? —Pero el sudoroso gordinflón no se dirigía a ella, de hecho parecía no verla siquiera—. ¡Oh, venga ya!

Aquello pareció divertir al tal Jorad.

—¿Acepta el trabajo? —repitió la pregunta, como si ella no tuviera mejor opción, y por desgracia era cierto.

Sus opciones eran dos: continuar su viaje sin rumbo fijo mientras aletos como el tabernero la despreciaba por lo que era, o aceptar el trabajo y tratar de averiguar algo más sobre ese Jorad. La decisión fue casi inmediata.

—Está bien. —Sonrió amistosamente mientras su mente la avisaba de que acababa de meterse en un embrollo, que en su opinión todos los trabajos lo eran, incluso cuando uno escogía hacerlo por *motu proprio*.

Dejó escapar un nuevo suspiro, sin dejar de pensar que ahora sí que necesitaba una copa. Bueno, al menos su compañero era bien parecido y no tenía pinta de que fuera a darle demasiados problemas de cabeza.

–Partiremos de inmediato.

Lo miró extrañada pues por su aspecto habría jurado que su compañero no era de los que hacían bromas, y estaba en lo cierto.

–¿Por qué tanta prisa?

Si tenía pocas ganas de ponerse a trabajar, fuera cual fuese el tipo de trabajo para el que acabaran de contratarla, menos ganas tenía aún de ponerse a viajar.

–No tenemos tiempo que perder.

La maga ojeó su viejo y roído mapa con disimulo. La geografía no era lo suyo, afortunadamente la ciudad de Eren Joo, lugar al que Jorad quería ir, sí aparecía en el mismo, pero cuando comprobó la distancia entre su destino y su posición actual se negó rotundamente a emprender la marcha.

–En mi estado actual no podría transportarnos esa distancia. –Aquello era mentira en cierto modo, ya que podría haberlos transportado esa distancia de haber estado alguna vez en Eren Joo, y sobre todo de haber estado dispuesta a usar su magia para ello—. Estoy cansada y ese hechizo precisa de mucha concentración, más aún si se trata de varias personas.

Aquello último sí era cierto, aunque lo estaba usando como excusa.

–No me dejaría transportar de nuevo ni aunque mi vida dependiera de ello –declaró—. Iremos a caballo.

De aquel modo Manyou descubrió que, al igual que el resto del mundo, Jorad sentía un profundo desprecio por la magia y todo lo que estuviera relacionado con ella. Aquello no hizo sino aumentar aún más su curiosidad acerca del modo en que aquel hombre habría logrado encontrar Taj Mahal y convencer al gran maestro para que escribiese aquella carta en la que casi ordenaba a la maga acompañarlo.

Siguió a su nuevo compañero fuera de la taberna, esperando el momento oportuno para anunciar algo impor-

tante dada la situación.

–Debo advertirte de que no sé montar.

Cuando Manyou vio a las bestias de monta, que seguramente habían hecho el mismo camino que Jorad, la maga comprendió que aquel hombre se habría llevado un mago consigo aunque hubiera tenido que atarlo y cargarlo sobre sus hombros hasta Eren Joo. Y es que tenía todo lo necesario para un viaje de dos a través el continente.

Él se agachó al lado de uno de los caballos, el más bajo y gordo, y juntó las manos a modo de escalón para ella. No había posibilidad de que el animal escapara porque al igual que el otro estaba atado.

–Pon tus manos en la silla y apoya tu rodilla izquierda aquí.

No era tan cateta como para no darse cuenta de que aquel hombre iba a subirla al animal. Siguió las instrucciones de él al pie de la letra, y maldijo mentalmente las ganas que tenía de recorrer los caminos subida en esa cosa peluda y maloliente. Una vez estuvo ella arriba, Jorad le entregó las riendas de su caballo y se alejó para subirse a su propio corcel, pues en nada tenía que ver con la bestia de Manyou. La pobre maga se resbalaba en aquella silla de cuero, y con cada paso que daban tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerse sentada y no dejarse caer, ya que tirarla parecía ser el único propósito de su montura. Era en situaciones como esa que la muchacha desearía ser de tipo Controlador y no Bélica, como era ella, de esa forma habría pasado la noche durmiendo en la mejor cama de la taberna y no tratando de sobrevivir sobre aquella cosa.

Suspiró, con amargura y resignación.

A duras penas lograba mantener el ritmo de su compañero, y eso que se suponían que estaban en un camino fácil: la ruta de comercio hacia Eren Joo. Estaban, además, escoltados por dos importantes sistemas montañosos del continente, a su derecha tenían el Cacio, famoso por ser el

hogar de los reinos Salodeitas, y la izquierda la Rohana, antiguo muro de defensa natural contra las invasiones de los habitantes de las Islas Umanemses. ¡Qué manera de desperdiciar un buen paisaje, viajando cuando la luz no alcanzaba a iluminar apenas el camino!

Antes de que acabara la noche alcanzaron a un grupo de caravanas que descansaban después de una dura jornada de viaje, algo que a Manyou le habría gustado hacer, y durmieron allí lo que restaba de tiempo hasta el amanecer. Cuando el Sol empezó a alzarse, horas intempestivas en opinión de la maga, se unieron al grupo de carretas. De esta forma la joven contempló el amanecer en el exterior después de casi doce años sin verlo.

Se incorporó despacio y dolorida. La mayoría de los comerciantes ya estaban desayunando y preparando el que sería un nuevo día de marcha, cuando ella aún se quitaba las legañas de los ojos.

La maga no había pegado ojo. Le dolían demasiado las piernas y apestaba a caballo lo suficiente como para atraer a todas las moscas del continente. No entendía por qué la habían recomendado específicamente a ella para ese trabajo cuando detestaba tantísimo ese tipo de actividad... Aunque bien pensado, Jorad aún no le había contado en qué consistiría el trabajo. ¿Para qué necesitaría alguien que despreciaba el mundo de la magia a una maga de tipo Bélico? ¿Protección? Si era eso, desde luego no era para él, pues no tenía pinta de ser de los que se dejaban defender durante una pelea, pero a Manyou no se le ocurría qué otra cosa podría ser.

Se acercó a Jorad, aunque su pregunta se perdió en algún lugar entre su mente y su boca en cuanto vio que este estaba preparando el desayuno. Desgraciadamente no fue ni de lejos tan... La maga no tuvo muy claro cómo describir aquello, pero el caso es que no se parecía en nada al que habían disfrutado los comerciantes, que por ciertos los miraban sin discreción alguna. Sin embargo, en esta

ocasión las miradas de desconfianza no estaban puestas en ella, sino en su compañero. A Manyou la trataban como a una cliente más, haciéndole ofertas de telas, hilos... ¡si hasta le pidieron que hiciera alguna que otra demostración de magia!

–Disculpa, ¿qué tiene mi amigo que deja mudo al resto?

Su caballo, que para su vergüenza era el que dirigía su rumbo, iba detrás de una caravana en la que había una muchacha de espaldas al horizonte inmersa en un libro. Pocas personas sabían leer, y no era frecuente encontrar a una de ellas entre mercaderes, así que la maga decidió entablar conversación con ella.

–Seguramente se deba a su armadura –respondió sin apartar los ojos de las páginas de su libro.

A esa conclusión también había llegado Manyou, aunque supuso que la joven no se refería al hecho de que Jorad la llevase puesta como si estuviesen en guerra.

–¿Qué tiene de especial?

Tras una segunda ojeada a la desconocida, se fijó en las vendas que cubrían su pierna y en las varas puestas para mantenerla recta.

–Su color –cerró el libro y miró a la maga a los ojos–, indica que pertenece a las Hojas Doradas de Eren Joo –era sorprendente la seriedad e intensidad de su mirada, y al mismo tiempo la carencia de sentimiento en ella–, y ese símbolo en su hombro izquierdo –Manyou se volvió para ver lo que estaba comentando la muchacha–, significa que es el segundo al mando.

Volvió a abrir el libro, pero la hechicera no estaba dispuesta a permitirle leer.

–¿Qué son las Hojas Doradas?

Jorad iba bastante alejado de ellas, de modo que no había peligro de que pudiera oír la conversación entre las dos mujeres. Pero aunque llegara a sus oídos, solo estaban comentando el extraño aspecto de aquella armadura

plateada con detalles en dorado, incluido el extraño símbolo del hombro que parecía una madeja y en el que la maga no se había fijado antes.

—Es la élite militar de Eren Joo. Como los Hombres de Agua de las Islas Umanemes, o los Morel de la tribu Divi del norte.

Aquello era fascinante... y sorprendente. ¿Cómo era posible que aquella joven supiera todo eso? La maga, en comparación, no sabía nada de todo aquello: casi necesitaba ojear su viejo mapa para entender dónde estaba o de los lugares de los que hablaban.

—Me sorprende que alguien dedicado al comercio sepa tanto sobre este tema.

Fue bajando el tono poco a poco debido a la mirada que le dedicó la muchacha. Algo en su enunciado había sido incorrecto.

—No es oro todo lo que reluce. —Manyou creyó ver lo que parecía una sonrisa—. El dueño de esta caravana me ofreció transporte hasta que sanara mi herida y fuera capaz de moverme sola —explicó.

Era evidente por su aspecto que no pertenecía a aquel grupo, pero aun así la maga había preferido que se lo confirmara la propia muchacha.

—¿Qué te pasó?

—Mala suerte. —Se encogió de hombros—. Hace dos días hubo un desprendimiento de tierra, y yo estaba debajo cuando ocurrió.

No debió ser una experiencia muy agradable si la rotura de la pierna se produjo durante aquello. Claro que teniendo en cuenta que podría haber muerto por el derrumbamiento, lo cierto es que había sido afortunada por solo romperse una extremidad. ¿Habría salido sola o la tierra la habría dejado medio enterrada hasta que los mercaderes la encontraron? Aunque había algo en su historia que... ¿acaso había estado viajando sola hasta que el grupo de caravanas le prestó su ayuda?

–¿A dónde ibas?

Como hacer preguntas indirectas le había funcionado hasta el momento, decidió seguir investigando de ese modo.

–Cualquier lugar es bueno.

Aquella era la típica respuesta de alguien que estaba huyendo, claro que Manyou no dijo nada de esto porque además de descortés sería indiscreto hasta para ella.

–Espero que la pierna te sane pronto.

No era muy común encontrar a alguien que supiera leer y no fuera ni mago ni noble, aunque a lo mejor la muchacha sí que era esto último y estaba huyendo porque...

–¿De verdad eres maga?

Con aquella pregunta la muchacha trajo a Manyou de vuelta al mundo real.

–Eso dicen. –Sonrió.

La muchacha de brillantes ojos azules asintió para seguidamente retomar su libro. Quedó claro que al menos una de las partes había dado la conversación por terminada, hecho que la otra hubo de aceptar mientras pensaba que la portada de la encuademación le era vagamente familiar.

La maga estaba aburrida del viaje, harta del estúpido caballo que no avanzaba, y cansada del compañero que la ignoraba y dejaba atrás. Decidió que si aquella masa fofa de carne con patas sobre la que iba montada no se movía, ella lo haría en su lugar, y efectivamente en un abrir y cerrar de ojos apareció al lado de Jorad, sorprendiendo a este, y a los dos animales.

–¿¡No te dije que no hicieras eso!?

–Contigo, no conmigo –respondió tranquila y serena, y ciertamente algo contenta de haberlo sorprendido–. Dime una cosa, si tanta prisa tienes por llegar a E... a tu destino –no recordaba bien el nombre–, ¿por qué vamos con los comerciantes?

Era una pregunta que se le había ocurrido en uno de sus muchos momentos de silencioso aburrimiento, aunque el dolor causado por las agujetas y la ira hacia su compañero, último responsable de las mismas, habían contribuido a que fueran preguntas de este tipo las que cruzaran la mente de Manyou.

–Ellos también van al noroeste.

–¡Pero a ritmo de caracol! –Miró a su alrededor preocupada de lo que pudieran pensar de su comentario. Por suerte si alguien lo oyó, decidió ignorarlo.

–Deberías aprender a contener tu lengua –le regañó él.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Algo había que le estaba ocultando, empezando por el motivo por el que la había contratado.

–Aún no me has dicho en qué consiste el trabajo –le recordó.

Jorad extrajo algo de una de las bolsas que llevaba atadas a la silla de montar y extendió el brazo con ello hacia la maga.

–Toma. –A simple vista no podía verse de qué se trataba, pues lo ocultaba el trozo de tela en el que estaba envuelto lo que quiera que le estaba ofreciendo.

–¿Qué significa esto? –Lo cogió con reticencia.

–Es tu pago por los servicios que prestarás.

La curiosidad le pudo de nuevo, y empezó a desenvolver la tela para dejar al descubierto una gema lisa de color ambarino. Percibía magia procedente de la misma con lo que al principio evitó entrar en contacto con su superficie, pero pronto sus dedos empezaron a deslizarse por ella, tratando de adivinar de qué se trataba. Nada más hizo contacto con la piedra esta le mostró una serie de imágenes a modo de película, una que solo ella podía ver, y que le mostraron aquello que más deseaba en el mundo.

–¿Sabes qué es esta joya? –preguntó, tratando de disimular una lágrima que se le había escapado.

La emoción la había embargado, pero aún seguía siendo ella misma y ahora su prioridad era saber cómo aquel precioso objeto había llegado a manos de alguien sin el don de la magia.

—En una visión me mostró que para alcanzar mi objetivo necesitaría la ayuda de un mago que lucha porque teme curar y de alguien que, muerto por dentro, vive creyendo saberlo todo.

No solo había sido capaz de encontrar Taj Majal, sino que además podía utilizar un objeto mágico. Una historia de lo más interesante, si se omitía el hecho de que aquella gema no mostraba lo que se necesitaba sino lo que se deseaba. Jorad le estaba ocultando algo, aunque de momento tal vez sería mejor obviarlo.

—Supongo que en Taj Mahal me identificaron como la maga que estabas buscando.

En su día Manyou rechazó la oportunidad de convertirse en una maga de tipo Sanador, aun cuando su carácter y predisposición la señalaban como la candidata idónea, y en su lugar decidió tomar el camino opuesto. Se requerían de habilidades parecidas para ser de tipo Bélico después de todo, así que el cambio no fue demasiado brusco aunque sí inesperado hasta para su propio mentor.

—Es tal y como dices.

Suponiendo que le había dicho la verdad, y que estaba siguiendo las instrucciones de una visión en la que se le había mostrado lo que necesitaba para lo que quiera que estuviese pensando hacer, la maga solo era capaz de imaginar un motivo que justificase que su compañero estuviese dispuesto a viajar junto a los carromatos. Sobre todo dada la prisa que había demostrado tener. En pocas palabras, Jorad debía tener algún motivo para sospechar que la otra persona a la que estaba buscando estaba entre aquellas gentes.

—Se precisa de mucho más que autocontrol para que esta joya te muestre una predicción segura —comentó,